

nos perdonen si los hemos ofendido; y si en el calor de la composicion se ha deslizado alguna palabra poco conforme con la caridad, les protestamos, desde ahora, que la rechazamos; porque al defendernos no es nuestro ánimo, ni nuestra intencion ofender, ni menos faltar á la caridad que es nuestro escudo.

## CAPITULO V.

BENEFICIOS QUE EL CLERO HA PRESTADO A LA

AGRICULTURA, A LA INDUSTRIA

Y AL COMERCIO.

Nadie ignora que el comercio, la agricultura y la industria, son los mas poderosos elementos de prosperidad en las naciones, y que contribuyendo á su engrandecimiento y á su civilizacion, son los agentes que dan impulso á la máquina social y la imprimen movimiento y vida. Muy desde su principio el clero conoció esta verdad, y tan luego como estuvo en disposicion de prestar sus servicios á estos tres ramos de civilizacion, se lo prestó; y como sabia que el sacerdote debe ser todo para todos, que la caridad prescribe que el talento sea comunicativo, y que obremos el bien si hemos de

merecer recompensa; llevado por tan santos principios en alas de su caridad y en cumplimiento de su deber, introdujo en estos elementos sociales su espíritu protector, y á ellos llevó sus auxilios, á ellos dispensó sus favores, á ellos contribuyó con su proteccion, empleando en su favor su influjo, su poder, su ciencia, su trabajo, é imprimiendo en esto, como en todo, su carácter progresivo, sacándolos del estado estacionario en que el gentilismo los habia colocado, paralizando las inteligencias y destruyendo en todas las personas, en todas las almas, ese espíritu de progreso en que el Criador puso á la naturaleza entera.

Para demostrar estas verdades no usaremos de otros argumentos que de los que nos suministra la historia, ni acudiremos á otras pruebas que á los hechos, ni presentaremos otros cuadros que los sucesos; ellos nos llevarán como por la mano á la verdad, y caminando de unos en otros, desde el imperio al pontificado, desde el gentilismo al cristianismo, conoceremos la diferencia, y ella nos hará notar cuánto deben la agricultura, la industria y el comercio al clero cristiano. Entremos de una vez en el exámen, y confúndanse de una vez los detractores del sacerdocio á vista de la verdad; conozcan toda la maldad de su calumnia, y siendo francos siquiera por una vez, confiesen su impostura y coloquen al sacerdote cristiano en el lugar que le corresponde, y habran así repa-

rado una injusticia que tan gratuitamente le han inferido.

Con poco que reflexionemos sobre la civilizacion del gentilismo, nos convenceremos de que era muy poca: si tendemos la vista por las ciudades, hallamos, es verdad, numerosos monumentos, circos magníficos, espaciosos anfiteatros, arcos triunfales, obeliscos, pirámides que desafian al tiempo y á las estaciones, palacios admirables, termas, baños, alcázares; pero estas construcciones, estos milagros del altar, estos incentivos de la vanidad, muy lejos de revelarnos la felicidad, la abundancia y prosperidad del pueblo que los levantara, nos patentiza su miseria, nos demuestra su pobreza, publica su abyeccion. Ellos estaban hechos para servir al capricho y alimentar el lujo de unos cuantos patricios, que mientras el pueblo, que esplotaban, estaba sumergido y devorado por la indigencia, ellos consumian ó paras riquezas en lúbricos banquetes, en desordenadas orgías, y arrebatában los brazos que debían hacer florecer la agricultura, la industria y el comercio, empleándolos en servir á su vanidad y á su capricho. Estas construcciones deben hacernos conocer, que eran una carga onerosa que los emperadores imponían á sus súbditos, que para levantar estos alcázares de la molicie tenían que abandonar sus mas honestas ocupaciones, resultando, que para alimentar los vicios tal vez

mas repugnantes de los magnates y emperadores, tenían estos que hacer en el país una requisición de obreros, peones y carros, que alejaban del comercio, industria y agricultura; y de consiguiente, estos monumentos que admiramos, eran tan onerosos como la misma requisición de sus excesivos impuestos; y esto, considerado como levantados en el pueblo conquistador, que si reflexionamos el origen de estas construcciones en los pueblos conquistados, no veremos en cada piedra sino la marca de iniquidad que el vencedor imponía al vencido; y á poco que meditemos veremos las paredes salpicadas con el sudor y la sangre del oprimido, y hallaremos en ellas otros tantos acusadores del despotismo, otros tantos sepulcros de la civilización, otras tantas fosas donde se consumían los brazos de naciones enteras, que antes florecían en industria, comercio y agricultura, y que el pié esterminador de la guerra arrancó de su suelo entre los horrores del incendio, la muerte y el saqueo.

Mas prescindamos por un momento de esto, y pasemos á considerar en su fondo la cuestion. Todos sabemos que entre los romanos, como entre los griegos y los persas, las riquezas estaban monopolizadas entre unos pocos que, constituidos en tiranos de los mas, las manejaban á su placer y hacían servir á los usos mas depravados: nadie ignora que la prosperidad de las naciones, el es-

plendor del comercio, la industria y la agricultura, y la grande consideracion de los pueblos no consiste en que numerosas heredades y pingües riquezas estén acumuladas en las manos de algunos; sino por el contrario, esta prosperidad, este esplendor y esta consideracion las consiguen las naciones en una distribución equitativa entre todos sus individuos, de lo que sirve para las necesidades de la vida, y para la comodidad de los asociados. Roma, despues de haber despojado á todos los pueblos de sus privilegios, despues de haber arrebatado con la punta de la espada de sus guerreros el suelo y las propiedades á los vencidos; no contenta con privarles de sus derechos y menoscabar su dignidad, haciéndolos servir sin distincion de sexo, edad, condicion ó estado á su lujo, arrebató su territorio, y lo reparte en pequeñas porciones entre sus soldados, á título de recompensas militares, reservándose ella lo restante como dominio militar, para arrendarlo, ya por tiempo limitado, que solia ser el de cinco años, bien á perpetuidad, mediante cierto cánon, que formaba uno de los mas pingües recursos del tesoro público. El repartimiento se hacia segun la condicion de los individuos, y así resultaba que los patricios se apoderaban de la mejor parte, que procuraban con todo esmero y diligencia acrecer y conservar: para conseguirlo les favorecían una infinidad de circunstancias, y todo parece que

contribuía á sus fines, pues aumentados los artículos en circulacion, el valor del dinero se aumentó; y así fué que la conquista les proporcionaba tierras y esclavos que las cultivaran, aquellas con muy escaso rendimiento, y éstos por un insignificante valor.

Hacian mas: permitian á sus esclavos economizar sobre lo necesario, dedicarse á algun negocio en pequeño y otros arbitrios, que si bien al parecer de cortas utilidades, eran lo bastante para crearse un peculio que ponian á interes en poder de su mismo amo, que de este modo venia á ser propietario, cultivador y banquero. Sostenidas las grandes propiedades por un capital superabundante, necesariamente tienen que aumentarse, y este aumento no puede ser sino á espensas de los pequeños propietarios y absorbiendo cada dia algun modesto patrimonio, y de este modo fué como crecieron las propiedades de los patricios romanos y crecieron hasta el punto de poderse considerar el pueblo rey como una confederacion de pequeños reinos. Poblada Italia de pueblos industriosos, habia visto agotarse y consumirse sus hijos, unos oponiéndose á la tiranía de Roma, otros en las proscripciones que señalaron los triunfos de la ciudad victoriosa, y otros, en fin, ayudándola en sus empresas y derramando su sangre para acrecer un poder que tan perjudicial habia de ser para los enemigos como para los auxiliares.

No estaban aún reparadas las pérdidas sufridas en las guerras púnicas, aun no se habian cicatrizado las llagas que abrió la de los marsos, cuando estallaron las guerras civiles que en su desbordado furor todo lo confundieron, todo lo arrollaron, todo lo destruyeron. A los males no pequeños que causó la guerra se agregaron los de la victoria. Sila, y mas aún que él Augusto, repartieron entre sus veteranos aquellas hermosas y fértiles campiñas, aquellas deliciosas comarcas, y así los propietarios espulsados de sus campos y de sus lares, de sus casas y de sus templos, y hasta de los sepulcros de sus padres, tuvieron que acudir á Roma, pobres y sin recursos, desnudos y sin alimento, á mendigar de sus mismos usurpadores, de sus despiadados tiranos, un pedazo de pan con que alimentarse, un albergue en que guarecerse: en tanto que el veterano tan fácilmente enriquecido está fuera de su elemento, ni conoce la industria que adquiere, ni la economía que conserva; habituado á la imprevision del soldado, á llevar su sustento en la punta de su lanza, sin apego al trabajo y estremadamente inclinado á la disipacion, frutó de las liberalidades y de las rapiñas, se entregaba á los placeres, á la crápula y á la perversion; y entre el bullicio de las orgías y el polvo de los circos y anfiteatros, y el lodazal de los lupanares, veia desaparecer sus bienes y tenia que acudir á hipotecar su hacienda, sus muebles,

su casa misma, para volver desnudo, tan pobre como estaba y mas corrompido y vicioso que era, á buscar en aquella Roma, que tan bien cuadraba á su corrupcion, un pedazo de pan con que alimentarse, nuevas aventuras que emprender y nuevos placeres en que engolfarse.

Entretanto los campos quedaban sin cultivo, se apoderaba de ellos el fisco ó caian en manos de ricos propietarios que aumentaban con ellos su peculio, formando de este modo inmensas fortunas, por medio de la absorcion de las pequeñas, de donde resultaron aquellos *Latifundia*, de quien dice Plinio en el tomo 18 de su *Historia natural*, que perdieron la Italia, y en los cuales resultaba, que un solo individuo con estas pequeñas agregaciones habia logrado aumentar su patrimonio hasta poseer un territorio, cuya conquista habia bastado para el triunfo de un caudillo, para renombre de un héroe, para la formacion de un patriciado.

De esto sucedió, y no podia menos de suceder, que á medida que las riquezas se iban acumulando en pocas manos, el pauperismo se aumentaba extraordinariamente, pues tantos como desapropiaba la guerra ó perdía el juego ó la disipacion, venian á ser otra vez pobres, aumentando el número de los que nada tienen, los propietarios desposeidos, los cultivadores libres, á quienes arruinaba la concurrencia de vastas explotaciones de

esclavos, los deudores, á quienes devoraba la usura, en fin, todos los plebeyos, si se exceptua un muy corto número, que por un valor ó talento eminente llegaban á los primeros puestos de la milicia ó del Estado, y así conseguian un lugar entre el órden de los caballeros; aristocracia nueva tan orgullosa como la antigua, que por medio del dinero la sustituia con todos sus vicios, con todas sus iniquidades, y sin ninguna de sus virtudes.

La plebe, por el contrario, formaba un conjunto de hombres libres y privilegiados en el órden civil, que representaba un partido temible por todos conceptos; por su número, por sus hábitos guerreros, por el poder de la legalidad y del comun acuerdo; partido formidable, siempre dispuesto á todo evento, á servir al que le ocupaba, á proteger la causa del que mas le ofrecia, á la guerra, en fin, que consideraba como el elemento de su encumbramiento, como el medio de satisfacer sus instintos feroces, sus hábitos brutales, sus viciosas costumbres. Los patricios, pues, en medio de un pueblo de esta naturaleza, podian sostener con ventajas cualquier clase de lucha, pero llegó un dia en que los pobres, que sucumbieron con los tribunos en el campo de Marte, triunfaron entre el estruendo de las guerras civiles, cuando las proscripciones arrancaban los bienes á los antiguos propietarios para que sirvieran de recom-

pensa á los que ayudaron á los triunviros y pusieron en sus manos la victoria. Este cambio de dueños y propietarios en tiempo del imperio, dió origen á un nuevo sistema de economía y hacienda. De unos en otros habian venido los antiguos dueños cultivando sus campos por medio de esclavos, y los propietarios continuaban por tradicion este método, sucediendo que la agricultura estaba encomendada al cuidado de esclavos que ponian bajo la direccion de otros de su misma condicion: como los nuevamente enriquecidos no pensasen en otra cosa que en disfrutar entre el lujo, la crápula y la molicie, unas riquezas tan vilmente adquiridas, como neciamente malgastadas, no se cuidaban del cultivo, ni menos pensaban en su aumento, y así las arrendaron para entregarse con mas libertad á los vicios y al desenfreno, á cultivadores libres que, viendo ocasion tan propicia, las labraron de su cuenta y riesgo, las esplotaron y las hicieron producir en su justo valor. Este arrendamiento se hacia por un tiempo determinado, y su paga era en metálico, segun el número de esclavos que tenia para su cultivo; sin embargo, cuán incierta era la renta, puede calcularse tomando en cuenta y no perdiendo de vista la multiplicidad de las distribuciones gratuitas, cuya munificencia entorpecía y amenaguaba toda especulacion privada; á esto hay que agregar los monopolios, y esos tesoros que de re-

rente ponía en circulacion la victoria, y que haciendo subir el precio del dinero alteraban caprichosamente el valor de los géneros enviados al mercado por el propietario.

Esto hizo que se disminuyese el número de los arrendatarios; y habiéndose aumentado la dificultad de arrendar los bienes á cultivadores libres, se introdujo un nuevo sistema de economía rural, cual fué cambiarse en colono servil el esclavo: entonces se le permitió tomar mujer, tener hijos y disponer de su peculio, á condicion de pagar un censo anual. Esto seguramente hubiera podido producir el rescate del esclavo; pero como fuese cada vez en aumento la desproporcion entre pobres y ricos, y el sistema de hacienda adoptado á consecuencia de las necesidades de la república, cada vez mas apremiante, hiciese mas visible este aumento, se llegó á temer que el propietario vendiera los esclavos y dejara los campos sin cultivo; y á este temor, á esta desconfianza se debe, que se decretase que el colono permaneciera con su familia apegado al terreno y fuera vendido con ella. Esta medida, si bien le proporcionaba el consuelo de no separarse de las prendas mas queridas de su corazon, hizo aun mas dura y triste la condicion del esclavo y produjo mucha desigualdad en la distribucion de los trabajadores que, acumulados en unos puntos, en otros se hallaban diseminados, y tanto, que apenas habia para el trabajo mas preciso, por lo

cual los maltrataban horrorosamente, y su número fué disminuyendo diezmando por el hambre, los rigores y el excesivo trabajo. De esto resultó, que á fines del siglo II de la éra vulgar, quedaron baldíos muchos campos florecientes y bien cultivados otros días mas felices, cuando los equos, sabinos, volscos, etruscos y cisalpinos, respiraban su aire bajo la egida protectora de sus leyes, y terrenos inmensos fueron invadidos y ocupados por jardines de recreo totalmente improductivos.

Así aniquilada la agricultura italiana, Roma tuvo que proveerse de aquellos mismos pueblos que, en tiempos no muy remotos, venían á infestar la Italia atraídos por la fertilidad de sus campiñas y la hermosura de sus ricos viñedos; pero hubo un día en que las legiones romanas pasaron los Alpes, y sus escuadras victoriosas surcaron los mares y con la victoria llevaron allá también la desolación. Grecia, Siria, la Galia, España y las Baleares, vieron desaparecer sus plantíos y sus campos incultos, porque sus hijos pasaron á engrosar los ejércitos de sus opresores. España, Mileto y Laodicea, cuyos mercados habían sustituido á los de la Apulia y la Eugania en el comercio de lanas, vieron también desaparecer sus celebrados rebaños ante el hacha de las legiones invasoras, y ya la gente acomodada de Roma, para saciar su lujo, tuvo que acudir á la púrpura de Tiro, Getulia y de la Laconia, que se hacían pagar á un pre-

cio exorbitante, pues llegó hasta la enorme cantidad de mil dracmas libra.

En esta época de muerte y marasmo para el colono, en los tiempos en que los espedientes fiscales por un lado, y la exigencia de las necesidades por otro; y en una palabra, en el que cambios tan repentinos como funestos habían conducido la agricultura casi á su aniquilamiento, la industria no podía menos de resentirse, de sufrir detrimento, de tocar á su muerte, y así sucedió efectivamente. Las corporaciones de obreros libres no habían podido prosperar en Roma, merced á las manufacturas serviles, y la razón es muy clara; las manufacturas viven del consumo, prosperan con el consumo y mueren sin el consumo: un pueblo, cuyos patricios tenían á sus órdenes millares de esclavos, hechos cautivos en las conquistas de las ciudades avasalladas, donde se dedicaban á toda clase de industria, tenía en su casa industriales de todo género, á quienes se hacía elaborar los artículos que necesitaba para su uso, para su utilidad, para su recreo, y hasta para su lujo; y esto hacía necesariamente que los ciudadanos acomodados nada tuviesen que traer de fuera de su casa, lo cual acarreaba, como es natural, el menoscabo y muerte de la industria que, como acabamos de manifestar, no vive sin el consumo, que no podía haber teniendo todo lo necesario los ciudadanos dentro de su propia casa. Con posterioridad á es-